

renunciando á codearse con Franz Hals,—no sé si diga que en cuanto á pintar, pintar con la mano y con la vista, no tiene que envidiar nada á nadie. Su ejecución es un prodigio. ¡Qué caras, qué manos, qué trajes de paño y de seda, qué bordados de plata, qué copas de vidrio, qué limones, qué estandartes, qué corazas, qué valonas, qué cuellos de encaje! Es la realidad; gente que tenemos ahí delante, con su edad, su figura, sus humores, hasta los achaques que padecían. Dan ganas de tocar ese paño, de arrugar esa seda, de dirigir la palabra á esos buenos oficiales de la milicia ciudadana de Amsterdam. Y aun ahora, si cierro los ojos, estoy viendo un portento de abanderado joven, muy guapo, vestido de tisú blanco, elegante, arrogante, ¡que debió de trastornar tantos coranzoncitos! No es pintura; es *el abanderado*. Respira. Galantea.

Bien; pues calculo yo que á esto se podrá llegar con energía y trabajo, si se tienen algunas condiciones naturales; sí, se puede llegar, como llegó Van der Helst (que, sin embargo, no es lo que se entiende por un gran pintor) á pintar mejor que Rembrandt. Pero á ser Rembrandt, ¿cómo se llega? ¡Qué demonio! Siendo Rembrandt.

Y á los que no lo somos, y, en nuestro satánico orgullo, tendríamos por desgracia ser Van der Helst, el que pinta estas manos, estos ropajes y estas caras... ¿qué nos resta?

¡Pegarnos un tiro!

Así se lo digo á Limsoe.—Él me aquieta con una especie de murmurio afectuoso, dándome palmadas en los hombros y dedadas en la sien. Me va

cobrando cariño este sueco. Los extranjeros, al pronto, no parecen cordiales; pero apenas se establece confianza...

—Note usted otra verdad muy curiosa—exclama.—Que la originalidad del asunto falta casi siempre en las obras maestras (excepción, su *Quijote* de ustedes, que no tiene antecedentes, ni tradicionales ni literarios). Mire usted los cuadros de Rembrandt. Su famosa *Lección de anatomía*, á la cual tantas significaciones se le han atribuido, es un tema tratado por infinitos pintores antes que él. Tampoco el pensar antes que nadie una cosa vale ni sirve. El toque está en pensarla, y, sobre todo, en expresarla de una cierta manera...

—¡Que yo no sé cuál es!—fué mi triste comentario.

Brujas.—Aquí estoy, en Brujas la Muerta; y tengo mucho que contar.

En primer término, mi conversión al catolicismo. He renegado de la pintura protestante; de esa pintura de género, civil, anecdótica y nacional; y después, las confidencias de Limsoe, que en el tren—en el tren la gente se vuelve muy expansiva, con sujetos que no hemos de volver á ver probablemente,—me confía (después de renegar de los trenes holandeses; los suecos son los mejores del mundo, los mejor suspendidos, parece que se va

en trineo)— el secreto de su vida y sus convicciones estéticas.

Limsoe está triste á ratos, y no dejará de estar triste nunca, porque, sin querer, disparándosele un arma de fuego, dejó ciego á un hermanito suyo, á quien adoraba; y Limsoe, dentro de su santuario de arte, es... prerrafaelista.

¡Acabáramos! ¡Cómo había de entusiasmarle Franz Hals!

De su desgracia y sus remordimientos habló poco, en frases cortadas; después bajó la cabeza, me apretó la mano, y le vi una contracción en la cara, tan dolorosa, que parece seguro que este hombre no se consolará.

En cuanto á su prerrafaelismo, lo predica con unción religiosa. Espera catequizarme.

Me ha contado los orígenes de la escuela, de los cuales, á la verdad, á pesar de ser para mí obligatorio no ignorar esas cosas, ni la menor idea tenía.

¡Qué demonio! los prerrafaelistas son como los duendes; todo el mundo habla de ellos, y nadie los ha visto, al menos en Madrid y París. Sus obras andan tan desparramadas por galerías inaccesibles, en países lejanos, que únicamente mediante la fotografía y el grabado se pueden conocer... mal.

Pero Limsoe dice que lo capital de esta escuela no son sus obras, á pesar de una gran belleza, sino sus teorías, que resumen el Evangelio del arte. Por la doctrina estética, los prerrafaelistas han abierto tanta huella en el mundo.

Eternos son ya los nombres de Holman Hunt, Millais y Dante Gabriel Rossetti. Fueron iniciado-

res, y fueron sobre todo poetas; sintieron, se elevaron.

Hicieron estos tres muchachos lo que infinitos hacen sin que les dé fruto: asociarse, fundar una Revista, y formar un cenáculo. Algo tendría esta escuela, que ha salido á flote, entre tantas como naufragan sumergidas por el ridículo.

No se lo escatimaron á ellos, pero su teoría era una perla que ningún malandrín podía cubrir de barro. ¡Las miserias, los atropellos, las impurezas de la labor de los modernos pintores, les enseñaron que era preciso volver á los cuatrocentistas, artistas que profesaron el respeto y la dignidad de su arte como fervoroso culto! Pintar devotamente, con la pulcritud de los místicos, con su atención grave y sostenida, sin manchones ni pinceladas rápidas, respetando lo escrupuloso del deber y lo tierno y cándido del amor... Pintar santamente, y si no, no pintar... ¡porque sería indigno!

Ser santo, y á la vez elegante y superior al vulgo, ¿no es un ideal altamente estético?

Y esto sólo se hizo antes del triunfo de Rafael. La prueba de la corrupción del arte, que sigue á Rafael y á Rubens, es toda esta pintura holandesa. Pintura de zafios, de borrachos, de glotonos. ¡Gente que se retrata de sobremesa! ¡Gente que se retrata despedazando un cadáver! ¡Gente que la reproducen devolviendo el vino que bebió! ¡Puach!

Limsoe se indigna, echa lumbres por sus ojos de gato rubio, y prosigue:

—Se burlaron mucho de los prerrafaelistas, y alguno de ellos, descorazonado, no anduvo lejos de

plantar la pintura y largarse al Canadá á labrar una granja... Vino en su auxilio Ruskine, y gracias á él no fracasó el movimiento, y sus iniciadores obtuvieron el respeto y la atención de su época. Cada uno de los tres artistas se abrió paso, pero, á mi ver, lo envidiable es el destino de Rossetti. Se obscureció á medida que crecía: cada día tuvo menos público, y ese público, más rendido, le adoró más. Cada día, los aficionados que adquirían sus obras fueron más escasos, más inteligentes, más veneradores y más ricos. Y cada día vivió más inaccesible al vulgacho. Es el mito de las Sibilas: cuantas más hojas de sus libros se quemaban, más valían las restantes...

Sin embargo, estos elegidos tienen su descendencia: no demasiado numerosa, porque la misma substancia de la escuela repugna á lo numeroso; porque, para entrar en las filas del prerrafaelismo, se necesita conciencia, humildad, comunión diaria, ser puro, ser hermoso por dentro...

El sueco hablaba así; y de pronto, encarándose conmigo, fijándose con sus ojos de felino dulce é hidrófobo alternativamente, susurra:

—Desde que conozco la verdad en la belleza, no he cometido pecado impuro; huyo de la mujer como de un abismo; mejor diría, como se huye de una charca cuando se va vestido de blanco...

Lo confieso, amiga; en vez de quedarme edificado, el latino malicioso que hay en mí se echó á reír á carcajadas... El sueco no pareció desconcertarse por esta gansada mía. Hizo un movimiento de hombros resignado, encontrando natural mi es-

cepticismo, dada mi falta de iniciación, y con sencillez infantil prosiguió su conferencia. Yo entonces, avergonzado, le pedí excusas.

—No he debido—confesé—reirme de eso que usted me cuenta, puesto que, al fin y al cabo, si yo no llego al extremo de abnegación de usted, el sueño de mi arte me domina hasta tal punto, que me ha privado de la facultad de amar. Y no he amado, ni amaré.

—¡Eso es peor, más duro, más terrible—exclamó Limsoe.—¡No saber amar! Yo no estrago mi vida, yo evito enlodarme, pero... pero amo, amo de un modo sagrado, y ¡es delicioso amar así!

Sus ojos de esmeralda clara se perdieron á lo lejos, en un vago añorar de cosas tal vez amargas, tal vez divinas.

Luego prosiguió:

—Hoy, se me figura que el respeto de todos y la admiración de las generaciones nuevas rodean á la escuela prerrafaelista... Hay ya en torno de ella una leyenda de gloria. Entre sus discípulos está el excelso Burne Jones, que ha hecho revivir, en nuestra edad prosaica por bastantes estilos (pues se ha empeñado en que posean todos los hombres, no lo bello, sino lo útil), ha hecho revivir, digo, la edad de la caballería, el sueño de la humanidad con alas... ¡Y qué artista admirable es ese discípulo! ¡Qué sentimiento! ¡Qué piedad! ¡Qué nobleza! ¡Qué altivez escondida en esa pintura tan delicada! ¡Qué variedad, sobre todo! Porque usted habrá oído repetir por ahí—¡la muchedumbre no sabe juzgar de otra manera!—que los prerrafaelistas son monóto-

nos. ¡Cada uno de estos grandes estéticos tiene su estilo peculiar! Holman Hunt es más religioso (aunque todos son religiosos, y no se puede ser gran artista, digo artista del ideal, sin religiosidad); Rossetti... le gustaría á usted más, porque es un poeta encantador, de imaginación católica, y tiene algo de la iluminación y del don amoroso de los artistas primitivos franciscanos.

Objeté que ya es vieja la escuela, que ha transcurrido tiempo, sin que haya logrado hacerse popular.

Me replica mansamente, con fervor de neófito:

—Ha estado en la penumbra; es una de sus grandes fuerzas. Desde la penumbra ha irradiado sobre las almas exquisitas, sobre las conciencias de los artistas que la tienen. Una corriente gemela de la prerrafaelista ha producido la inspiración del inefable Wagner. En el arte digno de este nombre, en el arte que no da náuseas, no hay sino religiosidad, religiosidad, caballería andante, alma en busca del cielo... ¿Sabe usted cuál es la última palabra del arte? La misma del amor: el éxtasis.

Lo que sacó de sus casillas á mi sueco fué que yo le dijese, sin mala intención:

—He oído que los prerrafaelistas son unos histéricos, unos degenerados.

Se puso rojo. Le había herido en lo vivo. Pero, por lo mismo que es un convencido, no hizo explosión. Se limitó á pronunciar, conteniéndose valerosamente:

—Sí, conozco todas las críticas, algunas infames, que se han dirigido á la Confraternidad y á la Es-

cuela.. Los dogmas prerrafaelistas no están cortados á la medida general. Por largas que sean las orejas de asno de los críticos, el dogma va más lejos. No hay que preguntar quién ataca al prerrafaelismo y al fecundo movimiento que ha salido de él. Son los descendientes de aquel farmacéutico de Flaubert, los representantes de la llamada razón... ¡La razón! ¡Que el Maelstrom se la trague!

En este anatema andábamos tan conformes, que repetí, como brindando:

— ¡Que el Maelstrom se la trague! ¡Amén!

Y en esta hermandad de deseos llegamos á Brujas la Muerta... No tenga usted miedo de que le coloque la descripción; ya sé que está usted al corriente, que ha leído á Rodenbach.

No; lo único que le diré á usted es que aquí he tenido el gusto de ser presentado al señor de Memling... y que me encuentro en un estado de ánimo que no sé si atribuir á la sugestión de este maniático de Limsoe ó á los efluvios de la ciudad (reléase á Rodenbach), y noto que involuntariamente pienso y juzgo casi como el sueco. Me acuerdo de mis pintorazos holandeses, de sus comilonas, de sus trapatuestas y fumaduras, *kermesses* y tabernas; de los burgueses empavesados con trajes de gala, de su realidad, de su tremenda verdad, y... siento la náusea, el esguince. ¡El alma me pide otra cosa!

Esta otra cosa es Memling.

¿Será cierto que el artista murió en un convento de España? De todos modos, nuestro misticismo no se parece al suyo.

¡Qué detalles, qué flor de sentimiento, qué novela

caballescaca es su *Urna de Santa Úrsula!* No acierto á decir si revela un devoto soñador ó un poeta con corazón de niño.

Sobre la historia de la santa, narrada en los tableros del divino cofrecillo, se puede hacer un largo poema. Ahora comprendo mucho de lo que mi amigo me decía en el vagón. El sumo arte asocia lo religioso y lo caballescaco, y salva á la religión, por medio del arte, de los impuros contactos de la multitud. Si me acuerdo de la *Santa Isabel* de Murillo, y la comparo á esta *Urna*, me defiendo mal contra el desdén de obras que admiré mucho.

No cabe duda: los Velázquez y los Franz Hals han pintado asombros; pero ¿pintaba peor, en su estilo, Memling?

En el mismo Hospital de San Juan, tan sugestivo, tan callado y recogido, donde nos enseñan la leyenda de Santa Úrsula, vemos unos *Desposorios de Cristo y Santa Catalina*, en que hay dos figuras insuperables: la Santa Catalina y la Santa Bárbara. ¡Se descubre allí la firme resolución del artista de no conceder su pincel sino á cosas bellas, ilustres, ricas de forma y de materia; de no reproducir sino caras redimidas de la miseria humana, vírgenes que son reinas ó emperatrices, y bajo cuyos pies la impureza, la bestialidad y la violencia no se atreven á desatar sus ondas de fango!

Esta parrafada es de Limsoe ante el cuadro de los *Desposorios*... "Vea usted qué dos sanias esas. Escogidas, ¿eh? No crea usted que están ahí por casualidad, por antojo. Son las dos santas filósofas que desdeñaron las bajezas materiales del paga-

nismo y entraron en el Cristianismo por amor de la pureza, pero sin renunciar á su elegancia artística, sin confundirse nunca con los ascetas groseros. A Santa Bárbara en su torre, á Santa Catalina en su palacio, se las puede uno representar leyendo un tratado de psicología, coronadas de perlas, veladas de gasa, con manos tan liliales como esas que ve usted ahí, las de Santa Catalina; las que tiende al anillo del celeste Esposo, y que son la perfección de la belleza en una cosa ya tan bella como una bella mano de dama!"

Me acordé de la medalla de Santa Catalina que posee Solar de Fierro, y, asociando memorias, me avergoncé de haber pensado un día que se puede hacer un cuadro con la *Recolección de la patata*. Me desprecio, me desprecio; pequé, pequé... ¡Vengan vírgenes de talle largo, vengan paladines, renazca próximo á sus fuentes el sentimiento, el romanticismo aristocrático y medioeval! Sí, señora; todo esto quiere decir que me voy volviendo romántico, que me saltan dentro manantiales que ignoraba, y que si por casualidad, hace dos años, me pongo á trabajar en Madrid, con el espíritu de un fauno brutal dentro de mi cuerpo y guiando mi mano inexperta, ¡oh! ¡ah! ¡nada, que yerro la vocación!

Gante.—¡Última carta! Es decir, última carta de este viaje. Porque retorno á París en busca de cosas innobles y prosaicas, el alpiste, el gabán de in-

vierno.—Aquí ya Limsoe y yo estamos arrecidos, aunque nos abriga el fuego de nuestras mágicas ilusiones.—Y hemos arrojado la emoción suprema... ¿Suprema por qué? ¡Justamente esto no se razona! Limsoe lo reconoce... á pesar de su chifladura, que en parte me ha pegado.

Si no fuese que hemos remontado la corriente del arte, que subimos de los holandeses relativamente recientes hasta los inventores de la pintura, y que, por lo tanto, nos cumplía ver á Memling antes que á Van Eyck, era justo haber guardado la apoteosis final para este Memling, que es el puro entre los puros, el serafín. Él es quien ha convertido á Eva la contaminada en Beatriz la celestial. En Van Eyck se encuentran mujeres hembras, lo horrible del sexo, mientras Memling sólo nos presenta princesas Delgadinas como las del romance popular, azucenas entreabiertas sobre tallos que ninguna mano tocó...—Así poco más ó menos razona Limsoe. Juntos entramos en la catedral, San Bavón... El sacristán, agitando su clásico manojo de llaves, nos guía de aquí para allí, no nos perdona varias capillitas, nos fuerza á tragar los Crayer y los Van der Meer... Mi sueco me da al codo, me hace guiños y señales de impaciencia y de protesta contra obtusidad semejante. Por fin nos permite el sacris (después de hacérselo desear bien) acercarnos á lo único que buscamos, el tríptico titulado *El Cordero Místico*.

Por el trecho que media entre el hotel y la catedral, Limsoe me había explicado detenidamente muchas noticias de este tríptico (que es fácil que

usted sepa también, á menos que las haya olvidado de puro sabidas). En primer lugar, el capricho violento que inspiró á Felipe II (lo cual no deja de extrañarme, porque debemos suponer que si Felipe II tuviese tal antojo, no dejaría de satisfacerlo); los peligros que corrió de arder ó hacerse astillas; cómo lo escondieron, porque un Emperador se escandalizaba de la desnudez simiaca del Adán y la Eva; cómo es ya difícil saber lo que allí resta de la labor de los hermanos, porque, al menos, dos paineles consta que no son los originales... Después de todos estos antecedentes, que debieron prevenirme en contra de la obra de los Van Eyck, apenas me paro ante ella, quedo en un estado de arrobamiento, que ahora conozco que no me ha causado ninguna otra creación artística.

¿Es que pretendo que sea lo mejor de cuanto he visto? No. Probablemente es que está, en este momento, más relacionado con mi sensibilidad especial, en que tan singular transformación viene produciéndose. Habrá que explicarlo así; si no, no se explicaría.

Desde luego se trata de una obra maestra; eso no se discute; pero, además, es *la obra maestra* de este momento de mi vida...

¿Qué pasa en mí?, dirá usted. Sería á veces doblemente curioso verse á si mismo, verse en plenitud de sentimiento, que ver á Van Eyck ni á Franz Hals.

Bueno; el caso es que me he puesto como loco ante *El Cordero Místico*. Por supuesto, que sólo hicimos caso del painel central, todo de la mano de Juan Van Eyck.

¿Cómo se lo describiría á usted?, porque aquí no valen ilustraciones ni monos fantásticos. De esta clase de pintura no se puede decir que esté bien ó mal dibujada, que sea ó no preferible su colorido á su diseño... Diseño y colorido son inseparables y no podrían modificarse en un ápice, dada la perfecta y sublime unidad de la intención del artista.

Es preciso no callar nada. Si se ríe usted... mejor; riase cuanto quiera; no me enojo. Figúrese que el sueco y yo, que estábamos de pie y cogidos maquinalmente del brazo, trocamos una mirada, nos entendimos, y muy poquito á poco, sin soltarnos, arrastrándome él y yo cediendo, doblamos las rodillas, y así de hinojos sobre la tarima del altar nos estuvimos un cuarto de hora, veinte minutos. No sentíamos lo incómodo de la postura, y devorábamos con laalzada vista el cuadro. Nos lo queríamos meter más allá de los ojos y los sentidos. Nos apretábamos las manos de tiempo en tiempo, furtivamente.

Y la del sueco tenía corea, y sus ojos eran un lago verde, en que había el misterio de las aguas dormidas, pero electrizadas...—Vamos, ya escribo como en el manicomio. Todo se pega, y las sugerencias artísticas, en mí, hallan un *sujeto* admirable.—Sin embargo, no fué allí donde nos comunicamos mejor y nos convencimos del cambio de nuestro sér. Fué de noche, después de comer juntos por vez postrera, con la efusión de afectividad que trae consigo la certidumbre de que dos personas no han de volver á verse hasta sabe Dios, á lo sumo después de mucho tiempo, cuando ya el placer de es-

tar juntos se haya disipado, sin culpa de nadie, por la ley de las cosas...

—¡Pero qué divino!—exclamaba el escandinavo.—Cierre los ojos. ¿Lo ve usted bien? Ya no es el fondo de oro de los bizantinos: he ahí el arranque, la iniciativa de los Van Eyck, relacionada con sus nuevos procedimientos de pintura, y que la hizo humana, sin quitarle lo celestial. ¿Ha visto usted aquel campo virgen, aquella primavera vegetal, que es la misma de las campiñas de Flandes, y que el artista reprodujo tallo por tallo y salpicó de innumerables florecillas que parecen también vírgenes, impregnadas de un rocío tan puro?

—Sí, lo estoy viendo y lo veré toda mi vida. Aquella ciudad que se percibe en último término...

—La Jerusalén celeste—responde el sueco, perdida su mirada en el vacío,—la Jerusalén celeste, patria de las almas. Ese cuadro, entre sus condiciones asombrosas, cuenta la de ser cifra perfectísima de un todo, de una ley universal, y es superior á la Divina Comedia (que tiene igual asunto), porque mucho más sintéticamente, sin las crudezas de mal gusto y la brutalidad pasional del Infierno, nos presenta esa ley: la concepción religiosa íntegra. Encierra la revelación y la redención, la Iglesia militante y la triunfante, y para producirnos la emoción más honda no necesita recurrir á ningún elemento dramático bastardo, sino á la simbólica en toda su noble serenidad y hermosura.

—¡Y de qué manera está hecho!—exclamé.— ¡Con qué prolijidad sin pesadez están pintadas aquellas hierbas mullidas, bien olientes, los bos-

quetes de rosales, mirtos y naranjales en flor, las procesiones de figuras, los mártires, las vírgenes, con sus ropajes semi-azules, semi-rosados como bañados por los reflejos del éter y de la aurora! Y las vestiduras que despiden majestad, y las caritas llenas de unción de esos personajes espléndidos, profetas, patriarcas, apóstoles, papas, obispos, emperadores de leyenda, solitarios y peregrinos, á quienes guía San Cristóbal! ¡Y los ángeles soñados, que hacen guardia á la Fuente de la vida, aquel surtidor tan cristalino que cae en un tazón de mármol, y al Cordero, al cándido Cordero!

Callamos un momento, incapaces de expresar lo inefable con palabras siempre áridas y pobres, y el sueco, recobrando primero el uso de la palabra, me balbuceó:

—Voy á confiarle... Porque ya nos separamos, y en usted he hallado casi un hermano... Yo no habré visto en balde correr el líquido sacrosanto que llenó el Grial, yo no habré contemplado estérilmente el misterio de la Sangre... Y además... Hace tiempo que mi conciencia trabaja, que el remordimiento de males que causé me lleva hacia Dios, que mi corazón reclama alimento, que necesito sentir mucho, deshacerme, abrasarme. El amor me ahogaba. Wagner me había despertado; Van Eyck espero que me dormirá otra vez en exático sueño. ¡Salgo de Gante convertido! ¡Soy católico!... Es decir, lo he sido siempre. Lo conozco ahora. Mi ideal estético ahí tenía que conducirme. ¡Nos hemos encontrado en un momento bien decisivo de mi vida! La de usted va á seguir su curso..., pero este amigo de

pocas días le dirige un ruego: acuérdesse de que la belleza no es sino lo profundo y refinado del sentimiento, y que la flor de la belleza es... lo que hemos sentido esta mañana en San Bavón: *el éxtasis*. —¡No encanalle su pincel, no manche su pensamiento, sea casto, sea sencillo, vuelva al arte de los cuatrocentistas; y si quiere ser libre, véngase á vivir aquí, entre Memling y Van Eyck, guardando su dignidad, huyendo y renegando del arte si ha de servir para reproducir sensaciones comunes al hombre y al cerdo! No se deje atraer por el cebo de la Naturaleza. La Naturaleza no existe; la creamos nosotros; la Naturaleza no es digna de atraer nuestras miradas sino en la hora mística de su comunión con lo sobrenatural, cuando la acaricia el soplo del espíritu. ¡La Naturaleza..., yo diría que es el gran cadáver del Paraíso, y los gusanos del sensualismo, rebulléndose, son los que prestan apariencias de vida á ese vasto cadáver!

Sobre este tema, el sueco, que á usted de seguro no le parece loco, y á mí hay ratos, no crea usted, en que tampoco me lo ha parecido, ni mucho menos, disertó hasta el amanecer—porque el tren que á él había de llevarle á Hamburgo para regresar á su patria por el Báltico, salía á las cinco de la mañana—y nos perdimos en un dedalo de confianzas y disquisiciones; en fin, vaciamos el alma. ¡Hablamos también de usted! Cuando se trató de correspondencia, Limsøe dijo:

—No estropeemos este recuerdo con cartas en que va resfriándose la amistad entre protestas y mentiras. ¡Démonos un abrazo... y hasta el cielo!

Le abracé conmovido. No lo estaba menos el neófito.

Momentos después el tren arrancaba, y desaparecía aquel extrañísimo periodista, en busca de sí mismo, hacia los nuevos horizontes de su sensibilidad.

Yo, después de dormir hasta las tres de la tarde, salgo hoy rumbo á París. Ya le contaré á usted mis triunfos, mis glorias... es decir, mis pobres retratos, y mi lucha, y lo que detrás viniere. ¡Allá os quedáis, encantados vergeles de la pintura, Rembrandt enigmático, Franz Hals, dueño de los secretos, Rubens imperial, Memling celeste! ¡Allá te quedas, alférez abanderado, todo vestido de plata, todo viviente, como cuando enviabas besos á los balcones! ¡Allá os quedáis, fantasmas de la *Ronda nocturna*, graves síndicos, meditabundos doctores que anatomizáis un cuerpo muerto! ¡Allá te quedas, *Cordero Místico*! Adjunta una fotografía... ¿Pero quién fotografía la beatitud?

El hombre que va á cruzar la frontera francesa —diré reproduciendo unas palabras de Limsoe— no es el mismo que la ha pasado con dirección á Bruselas, hace próximamente dos semanas...

V

PARÍS

Apenas quitado el polvo, tomado alimento, Silvio se dirigió á la residencia de la Porcel. Encontró cara de palo. La señora, algo indispuesta desde su regreso, apenas recibía. Ya avisaría al señor cuando la fuese posible dejarse ver.

Silvio entonces, alarmado, se encaminó á la garçonera de Valdivia, muy próxima al hotel de su enemiga y señora. Tampoco el brasileño se encontraba visible. Conferenciaba en aquel momento con su doctor, y nadie podía distraerle. Ya avisaría..., etcétera.

Lago volvió á su hospedaje con las orejas gachas. No sabiendo qué hacer, escribió á Espina un billete suplicante y mimoso, de paso que la remitía el consabido retrato de las rosas, que, encajonado, había permanecido hasta entonces en poder del autor. El billete era un quejido, una deprecación; todo lo que pueden ser los renglones en que un hombre pone su esperanza. No se atrevía á mentar el proyecto de exhibición del retrato; pero lo anheloso del estilo, las reticencias tristes, eran sobrado elocuentes.

Respondió al punto Espina. "Se encontraba malucha; sin embargo, no tardaría en avisar á sus